

¡Venga tu Reino!

Salamanca, 5 de abril de 2015
Pascua de Resurrección

A los Legionarios de Cristo

Mis queridos padres y hermanos:

Apenas hace unas horas celebrábamos la vigilia pascual, en la que la liturgia nos hace entrar en la luminosidad y la alegría del misterio de la resurrección que por la gracia de Dios hace posible nuestra renovación.

Impresiona la liturgia de la luz, con la bendición del fuego nuevo. La celebración inicia en la oscuridad y poco a poco la luz rasga las tinieblas. Inicia como una llama única, incluso frágil, en el cirio pascual y se propaga a todos los bautizados. En nuestro mundo, y a veces en nuestro corazón, la oscuridad puede parecer invencible pero Cristo resucitado va conquistando todo con su luz, su gracia va siendo más fuerte que las tinieblas y así nos abre la puerta a una esperanza que no defrauda.

Los evangelios que se leen en la misa durante la octava nos narran diversos encuentros con el Resucitado. Podemos contemplar cómo Jesús disipa más y más las tinieblas que hay en el hombre y en el mundo e introduce a los suyos a su luz admirable. En cada encuentro enseña y propone a los apóstoles la vida nueva que nos ha ganado con su pasión, muerte y resurrección: nos enseña a vivir como hombres nuevos, nos recuerda que no podemos dejar que nos roben la esperanza.

El Resucitado nos encuentra más fácilmente cuando buscamos cultivar nuestra unión con Él por el ejercicio de las virtudes teologales y por la vida de oración, que va mucho más allá de simples prácticas de piedad. Necesitamos perseverar, como los apóstoles, unidos en la oración, junto con María la Madre de Jesús (cf. *Hch* 1, 14), para que sea Él quien nos conquiste y para que nosotros nos dejemos conquistar. Fue en este ambiente de oración que el Espíritu Santo irrumpió en el cenáculo e hizo de los apóstoles hombres nuevos con su presencia.

Esta actitud de escucha y atención a Jesucristo, se traduce necesariamente en la imitación del Señor. Uno de los gestos más propios del misterio pascual es la obediencia de Cristo al Padre, que Él propone

también a sus discípulos después de la Resurrección de muchas maneras: «echa las redes a la derecha», «apacienta a mis ovejas», «otro te ceñirá», «sígueme». En esta obediencia sobrenatural encontramos un signo claro de la madurez del hombre nuevo y de nuestra identidad como bautizados y religiosos.

La obediencia a Cristo no está exenta de misterios. Jesús les dice a los apóstoles a través de las mujeres que «vayan a Galilea» y que ahí lo verán. Estos hombres tienen que aprender a descubrir al Maestro, que habla a través de muchas mediaciones humanas, que manifiesta su querer por medio de los hermanos y hermanas. Necesitan aprender a confiar en que Cristo está siempre a nuestro lado, es fiel a sus promesas y bendice abundantemente a quien se fía más de su Palabra que de las propias evidencias.

Esta confianza también brota cuando Pedro y Tomás se dejan mirar por Cristo. Ellos pueden mirar su propia oscuridad y pueden también ver la luz de la resurrección, que les lleva a una fe más profunda y más perfecta, hasta poder declarar ante el Resucitado: «Señor mío y Dios mío» (*Jn* 20, 28).

Probablemente la experiencia de la misericordia del Señor, que conoce nuestros pecados y viene a rescatarnos de las tinieblas de nuestro egoísmo juegue un papel decisivo para que nuestra vida espiritual se centre en lo esencial: el amor a Dios y el amor a los hermanos.

Haber sido objeto de la misericordia y tomar conciencia de este don incomparable, nos habilita para ser hombres del perdón que saben disculpar a los hermanos, comprender sus limitaciones y valorar el esfuerzo que realizan cada día para hacer presente a Cristo con sus vidas. De manera especial también nos hace capaces de llevar el perdón de Dios y la vida divina a quien la ha perdido, a través de los sacramentos, especialmente del bautismo y de la confesión.

No quiero terminar sin invitarles también a tomar conciencia de que, después de todas estas experiencias con el Resucitado, Él mismo los envía a todo el mundo a predicar el evangelio (cf. *Mc* 16, 15). El apóstol, como hombre nuevo, es el hombre que tiene una misión, un mensaje, es luz del mundo y sal de la tierra. Lo acaban de experimentar muchos de ustedes en las misiones de evangelización junto con miles de misioneros del *Regnum Christi*. También hoy resuena en nuestro corazón esta promesa que Él nos

hace de estar con nosotros hasta el fin del mundo. Que de esta seguridad de su presencia y su misericordia brote un deseo ardiente de colaborar en la misión de la Iglesia, de anunciar explícitamente el evangelio, de vivir nuestras Constituciones, de proponer el *Regnum Christi* a las personas que pueden encontrar en él un camino para vivir como hombres y mujeres nuevos.

Queridos padres y hermanos, ¡muy felices pascuas de resurrección! Que el Señor resucitado los llene de su luz y los sostenga en este esfuerzo por hacer realidad lo que nos propone el Capítulo general para hacer presente con autenticidad el misterio del Reino de Cristo. Gracias a todos los que con su oración y con su apostolado han llevado la luz de Cristo a tantos corazones.

Su hermano en Cristo,